Un rito peculiar entre ciertos grupos aborígenes actuales: el *Senoiccele*

Paul Hersch Martínez

Hay en el dominio de la antropología algunos términos y conceptos fatídicos, como el de “raza” o “primitivo”. Ciertamente en el campo popular existen algunos intentos de endulzar o subvertir sus significados, al convertir a “la raza” en sinónimo de grupo “buena onda” o cuando en alarde de sana inspiración, algunos ocurrentes progenitores deciden que su vástago se llame “Primitivo”, colocando a los sujetos así bautizados ante la encomienda tácita de honrar su nombre mediante su proceder cotidiano, lo cual a veces logran a cabalidad. Sin embargo, se trata de dos palabras cargadas de una historia ignominiosa, pues sirvieron y aún se utilizan para justificar infamias y atropellos de muy diverso tipo. La división de la humanidad en razas ha sido muy útil para las iniciativas de exclusión instrumentadas en todo el planeta, y el carácter de “primitivo”, atribuido a ciertas “razas”, ha vestido el discurso autocomplaciente de quienes se consideran a sí mismos como “civilizados”, naturalizando la explotación de los pueblos e individuos supuestamente incapaces de “civilización”.

El caso es que esos términos a veces parecieran tener algún grado de coherencia, al menos cuando topamos con ciertos grupos sociales que efectivamente, a pesar de nuestra era tecnológica, presentan algunos rasgos indiscutibles y categóricos de primitivismo y sufren a su vez, en efecto, el azote de cierta subraza sin duda nociva en términos ambientales, económicos y espirituales, que hemos de describir a continuación.

La investigación etnográfica debe dar cuenta de éstos fenómenos, aunque no siempre sean agradables en sus implicaciones. Esta nota, que expone los avances de la investigación en curso, refleja el asombro del equipo de trabajo que se pudo internar de manera progresiva pero discreta en la región de estudio y realizar lo que se denomina técnicamente como “observación participante” entre los grupos aborígenes analizados. Fue así como hemos tenido contacto con diversos y pintorescos nativos, que están justamente en estos días sufriendo la preparación de uno de sus ritos más peculiares, conocido localmente como el *senoiccele*.

El *senoiccele* puede equipararse con una especie de juegos florales que los nativos realizan cada tres años. Uno de los aspectos que cabe resaltar respecto al grupo tribal en cuestión, a diferencia de lo que sucede en otras comunidades similares, como las existentes en el sur de Nueva Guinea o en la costa occidental de Madagascar, es que mantiene un rito impuesto y sin embargo ampliamente tolerado por los pobladores. Como bien se sabe, los símbolos son fundamentales en cualquier proceso civilizatorio, pero debemos reconocer, a la luz de nuestras observaciones, que también resultan básicos como insumos en determinados procesos in-civilizatorios como el que nos ocupa, en particular los que acompañan al rito del *senoiccele*. Casi todos los elementos simbólicos del rito emanan de un concepto esotérico, denominado *aicarcomed*, el cual es invocado permanentemente como una especie de deidad etérea a la cual se rinde culto, aunque de ella se conozcan muy pocos rasgos tangibles o concretos. El *aicarcomed* constituye de hecho el referente conceptual básico del ritual y se enuncia a su vez como una especie de condimento, cuya concentración hace del *senoiccele* algo valedero y hasta

incomprensiblemente apetecible. Si la subraza que depende económicamente del *senoiccele* logra salpicarle una mayor concentración de *aicarcomed* a su empresa, entonces se supone que se encuentra en condiciones de convencer a los otros aborígenes que así lo deseen, sobre el carácter solemne y sagrado del rito.

Las prácticas ceremoniales del *senoiccele* presentan un fuerte componente mágico, pues demandan un alto grado de pensamiento acrítico por parte de los participantes. De hecho, aún cuando el rito genera una amplia gama de mortificaciones y una compartida sensación de fastidio y desasosiego entre la mayor parte de los aborígenes, todos los integrantes de la etnia estudiada colaboran, directa o indirectamente, aportando de manera inercial recursos de su propia economía, a menudo exigua, a fin de que el rito del *senoiccele* se lleve a cabo puntualmente, en apego al calendario ceremonial. Es decir, contribuyen a la perpetuación de algo que los aflige y vulnera.

De acuerdo con algunos autores, ésta manera paradójica de proceder por parte de los nativos corresponde a algún tipo de masoquismo social o remite a lo que Jung llama “el inconsciente colectivo”. La programada y profunda desmemoria de los aborígenes constituye a su vez un elemento esencial de la celebración. La carga de aparentes sinsentidos se acumula en torno al ritual del *senoiccele*, pues aún cuando la práctica ceremonial opera de manera regular, algo absolutamente regular e imprescindible para el rito mismo es la denuncia de lo que nosotros llamaríamos “irregularidades”, conocidas genéricamente en dialecto local como *sasnart* o *sopuhcoc*.

Como todo performance ritual, el del *senoiccele* derivará en resultados absolutamente previsibles, aún cuando pueda presentar variables ligeras y eventuales, permitidas e incluso deseadas, pero circunscritas al tono de las invocaciones repetitivas y a la gestualidad anodina de la subraza que dirige y obtiene un sustancioso usufructo del ritual. Y es que si bien la mayor parte de los aborígenes vive el ritual y en particular su preparación con una evidente carga de disgusto, una subraza particular, perteneciente al clan de los *satsinutropo*, vive a la espera del rito: se trata de los denominados en el dialecto como *allitocap ed socilítop*.

Este subgrupo humano, caracterizado por algunos expertos más bien como un grupo subhumano, se caracteriza por el dominio de una competencia técnica particular: la conocida como *largetni-aritnem*, consistente en la práctica de disimular lo que se es y de simular lo que no se es. Pocas sociedades premodernas, modernas y posmodernas han desarrollado en su seno subrazas capaces de un refinamiento tal. El dominio sistemático de este procedimiento llega a ser tan completo, y a la vez tan natural y espontáneo, que quien ejerce a cabalidad el *largetni-aritnem* goza de gran prestigio entre los integrantes del clan de los *allitocap ed socilítop*, pues se acompaña de la acumulación de prebendas de diverso tipo y en particular de recursos económicos y de poderes mágicos, como el de anular la realidad o el de flexibilizar el espinazo al máximo frente a otros *socilítop* de regiones lejanas. Sin embargo, hemos podido constatar que los aborígenes que llegan a ese nivel de degradación de la conciencia, difícilmente pueden ser considerados como parte del mismo grupo étnico ni filogenético, pues al parecer, en efecto, han descendido de manera irreversible y acentuada en la cadena evolutiva, de acuerdo con los estudios genéticos que se han podido llevar a cabo en algunos de ellos, gracias a la

recuperación de DNA de sus uñas, gruesas y largas, que son los segmentos mas conspicuos de su anatomía.

Las prácticas ceremoniales que se aplican reiteradamente en la preparación del ritual del *senoiccele* contienen una regla tácita, y es que algunas palabras cabalísticas pueden ser combinadas de diversas maneras sin que ello afecte el resultado final de la ceremonia. De hecho, todos los integrantes de la subraza beneficiaria del ritual, aún cuando se presenten vehementemente como contrarios entre sí, se encuentran hermanados generalmente por un carácter identitario común, el ya denominado *omsinutropo*, que consiste en saber calcular, mediante intuición, mera inercia o atisbo zodiacal, el momento de los cambios de marea y de aires, para recolocarse ideológica y discursivamente en condiciones óptimas de medro. Esta interpretación occidental nuestra, como pudimos constatar, no obtuvo la anuencia de algunos ejemplares de la subraza de los *allitocap ed socilítop*, aunque la mayor parte de los aborígenes coinciden plenamente con ella, pero la han interiorizado tanto que les parece obvia y natural.

El torneo ritual que lleva a cabo la subraza de los *allitocap ed socilítop* a propósito del *senoiccele* consiste en conseguir que los participantes se oculten el día anunciado en una especie de pequeña cueva y, al abrigo de esa semiprivacía que posiblemente se ha desarrollado para evitar que personas ajenas observen o presionen a quien realiza un acto tan bochornoso y digno de conmiseración, marquen o coloquen una inscripción o muesca con algún trozo de hueso en una especie de lámina, sobre alguno de los íconos coloridos que supuestamente representan la diferencia entre subclanes de *allitocap ed socilítop*, aunque es de todos sabido que dicha diferencia es absolutamente virtual ya que, en todo caso, no hemos podido observar procedimiento tribal alguno que se pueda equiparar con lo que en las sociedades occidentales modernas denominamos como contabilización, pues las láminas aparecen y desaparecen mediante pases y procedimientos mágicos, y sospechamos que siendo todo el proceso de índole meramente subjetiva y simbólica, cualquier aproximación cuantitativa generaría desplantes amenazadores y gruñidos intimidatorios por parte de los representantes de la subraza, y que los aborígenes han llegado a reconocer como absolutamente infructuosos. Esto se constató fatídicamente en el último ritual, concluido exitosamente para la subraza de los *allitocap ed socilítop* hace justamente tres años.

De hecho, el pensamiento mágico de los nativos los orilla a suponer ingenuamente que en estos tres últimos años el ritual ha cambiado, como resultado de alguna fórmula mágica acordada entre los mismísimos *allitocap ed socilítop*, quienes cuentan con el apoyo incondicional de los denominados *sorepuhcoc seceuj*, incrustados en unas peculiares instancias llamadas a su vez selanubirt, donde los *sorepuhcoc seceuj* velan por la integridad de los mecanismos que garantizan el *omsinutropo* en el ritual, a cambio de proteger su propio *omsinutropo*. Los *sorepuhcoc seceuj* son increíblemente remunerados con elevadas sumas del dinero local, pues un solo mes de “salario” de estos extraños personajes, propios de alguna mala película de payasos, equivale a muchísimas, incontables jornadas de verdadero trabajo de gran parte de los aborígenes de la etnia estudiada. Ningún informante supo explicarnos ésta, que es una de las mayores paradojas de la sociedad aborigen, pues quienes supuestamente velan por la justicia ejercen un abuso económico inaudito, a costa de la masa de depauperados aborígenes. Sin

embargo, posiblemente nuestra apreciación sea inexacta y se trate de una especie de mala broma que nos jugaron los informantes, aprovechando nuestro desconcierto ante semejante disparate completamente inverosímil.
Regresando al tema del *senoiccele*, hemos intentado denodadamente dilucidar el objeto del rito en cuestión. Nuestra hipótesis original era que se trataba de una especie de petición de lluvias concertada, o de rito de pasaje o de ceremonia iniciática, pero ni su utilidad ni su sentido son fáciles de comprender y de hecho, a excepción de la raza de los *allitocap ed socilítop*, quienes al parecer tienen clarísimo el propósito del ritual, el resto de los aborígenes lo asumen con una especie de aceptación ancestral de alguna verdad revelada e incongruente, que al parecer tiene raíces profundas en su historia de asumidores estoicos de circunstancias.
El ceremonial del rito parte de un elemento peculiar, una especie de juego que se presenta sin embargo como si no lo fuera, aunque de hecho la comunidad entera sabe que lo es, y consiste en la distribución de la subraza de los *allitocap ed socilítop* en facciones aparentemente distintivas, pero prácticamente idénticas en todos sus aspectos definitorios. Se trata sin duda de un elemento notorio que remite a una especie de histrionismo colectivo escasamente descrito en la literatura antropológica, donde la regla esencial del juego es que cada facción ataque a las demás facciones acusándolas justamente de aquello que la facción acusadora realiza. A medida que el ritual avanza, lo cual tiene largas semanas de preparación hasta llegar a una especie de clímax, el planificado encarnecimiento de la lucha entre facciones se agudiza. Se acaban acusando entre sí de no haber hecho los cambios prometidos, o de prometer los cambios no realizados, o de realizar las promesas no cambiadas, o de prometer hechos cambiados, y es cuando hemos podido atestiguar verdaderos torneos degradatorios de la palabra dialectal, que sin duda reflejan directamente la degradación neuronal y moral de la subraza de los *allitocap ed socilítop*.
Ante todo ello, un procedimiento considerado como razonable entre algunos aborígenes juiciosos, es el de creerle realmente a todas las facciones de la subraza mencionada… claro, no creer en absoluto lo que dicen de sí mismas, sino lo que afirman de sus contrincantes.

Los símbolos y el contexto del ritual

Víctor Turner ha intitulado a uno de sus libros como “la selva de los símbolos”, y hemos evocado ese título justamente porque, a medida que el momento clímax del rito del *senoiccele* se acerca, ciertos símbolos coloridos proliferan de una manera impresionante en los espacios donde se encuentran voluntaria o involuntariamente los nativos. Todo espacio posible es ocupado por una profusa marea de láminas que invaden los senderos y dominios tribales, láminas donde dominan los dientes mazorcudos de los rostros aparentemente asépticos de los diversos *satsinutropo*. La proliferación de rostros de los integrantes de la subraza es tal, que poco espacio queda para ver un atardecer o a una vecina de ojos insinuantes. Pensamos inicialmente, dados los semblantes, que se trataba de un mecanismo local para la captura de presos o dementes fugados (lo que refleja el carácter paradójico identitario de los nativos, pues quienes debieran estar presos no lo están o han sido sacados de las cárceles, y quienes debieran estar libres por aspirar a mejores condiciones

de la etnia están presos). Luego, sin descartar del todo la primera hipótesis, que denominamos técnicamente como “anuncio vehemente de extraviados”, el equipo de investigación postuló la posibilidad de que dada la temporada del año, se tratase de algún tipo de formas vegetales peculiares, pues su aparición coincide con la temporada de lluvias, pero en definitiva nos hemos percatado de que se trata de objetos promocionales producidos por los propios nativos, pagados por los propios nativos, sufridos por los propios nativos, pero encargados y colocados por orden de la subraza de los *allitocap ed socilítop*.

La profusión de estos pintorescos mensajes sin mensaje (otra expresión del carácter paradójico de la etnia estudiada) no sólo se manifiesta visualmente, sino en términos auditivos, a través de aparatos parecidos a nuestros altavoces, radios, televisiones e incluso recursos parecidos a nuestras redes cibernéticas, que la subraza de los *allitocap ed socilítop* utiliza de manera intensiva, siempre con los recursos aportados religiosamente por las víctimas del ritual. Hemos podido traducir algunos de los escasos mensajes antimensaje, pero el análisis de sentido nos ha resultado imposible: dicen algo así como: “Serás feliz”, “Vivirás mejor”, “Pena de muerte a los ositos panda”, “Nosotros sí”, “Aquellos no”, “Ellos quieren gobernar y nosotros queremos ganar”, “A gobernar ganando y a ganar gobernando y a robar robando”, “la izquierda, el centro y la derecha unidos sin ti”, “Váyanse con los bolsillos llenos, pero váyanse ya porque ahora nos toca a nosotros”, “una cosa es servirse públicamente y otra ser politiquero”, “Cuando nos provocan ladramos”, “Aún en situación embarazosa, sigamos apoyando al presidente… pero ¿a cuál?”.

Hemos de concluir provisionalmente nuestra nota comentando que, a pesar de un ritual tan enigmático y primitivo como el descrito, se está generando una corriente de opinión y de pensamiento muy sólida entre algunos nativos, que cuestiona radicalmente la legitimidad de todo el conjunto ritual y postula la ingente necesidad de recuperar el carácter sagrado del bien común y de deshacerse de la subraza que aspira a degradar toda una admirable civilización y que de hecho ya se ha autodegradado irreversiblemente.

Algunos lúcidos aborígenes piensan que no deben de participar más en el ritual, como protesta, pero algunos otros, igualmente lúcidos, denominan a eso *atelatap* y llaman a recordar que los *socilítop ed allitocap* solo entienden lo que les conviene, si es que entienden algo, y no van a suspender el ritual o a cambiarlo impresionados por actos de dignidad, pues la dignidad es para ellos un concepto absolutamente desconocido, indescifrable, ilógico y esotérico. Sin embargo, quienes se niegan a marcar con hueso las láminas en la ceremonia, alegan que su protesta no está dirigida a los *socilítop ed allitocap* , sino a una especie de duendes o fantasmas denominados *sonadaduic*, porque ese el segmento de la etnia donde se encuentra la única posibilidad de solución. Otros alegan a su vez que hay algunos rarísimos *socilítop* que no son en absoluto *socilítop* es *allitocap*. En fin, se trata de una controversia sin duda más interesante que el ritual.

Hay que señalar que el ritual de las *senoiccele* se realiza en el marco de una sociedad multiétnica en creciente violencia, una violencia estructural e inédita que va en aumento. Algunos estudiosos piensan que, en aras de mayor coherencia con la cultura política neolítico-pastoril y premetalúrgica descrita, tal vez fuera más lógico un cambio en la especie de ave emblemática que figura textilmente en el símbolo principal de la federación de etnias estudiadas, de modo que en lugar de un águila, han recomendado la colocación de un

avestruz con la cabeza escondida en la tierra. Por aquello de la salud mental, pues.
Habrá que ver.

NOTA: En el dialecto de la etnia referida, las palabras (en cursiva en este reporte) se leen de derecha a izquierda.

Referencias

• Miner, Horace, 1956, “Body Ritual Among the Nacirema”, American Anthropologist, 58(3):504.
• Scheurmaun, Erich, 1989, Los Papalagi. Discursos de Tuiavii de Tiavea, Barcelona: Ed. Integral.
• Thuillier, Pierre, 1995, La grande implosion. Rapport sur l’effondrement de l’Occident : 1999-2002, Paris : Fayard.
• Turner, Víctor, 1980, La selva de los símbolos, Madrid: Siglo XXI.